

Dos poetas pinareños

Autora: MSc. María Carolina Mora Herryman

Centro de procedencia: Universidad de Ciencias Pedagógicas "Rafael María de Mendive"

Email: mcmora@ucp.pr.rimed.cu

Pinar del Río, creo que, como todos los lugares del mundo, tiene también poesía y aunque la primera existe, independientemente de que haya o no quien la cincele y ya lo advirtió hace muchos años Gustavo Adolfo Bécquer: "puede no haber poetas, pero siempre habrá poesía...", la casualidad o el destino, ¿quién lo sabe?, ha querido que nuestro terruño, por derecho propio, posea ambas cosas. Versos y poetas no han faltado ni faltan por estas tierras, pero como el dios Cronos es implacable y no permite hablar de todos, quiero hacerlo sobre dos, que considero insoslayables en esta historia: Nelson Simón y Gleyvis Coro.

Pero como bien dice aquello de: "limón, limonero, las damas primero", comienzo por ella.

Gleyvis Coro, estomatóloga, poetisa y narradora, o ¿acaso debemos invertir los términos y comenzar por el último o por el del centro? No importa el orden; los tres son válidos, pero voy a referirme solamente a uno de ellos: su faceta como poetisa.

Llama la atención la dicotomía entre su profesión con olores antisépticos y sabores metálicos y su inclinación poética; pero es una certeza y de ese binomio aproximación-evitación, agonal desde su génesis, surge una obra sólida y de raíz profunda. Poesía heterogénea en factura y temas que en ocasiones prescinde del metro y de la rima y en otras, los asume con una marcada intención estética.

Tal es el caso de los Cantares de Novo-Hem, en el que se combinan de modo paradójico (y digo esto porque la paradoja es solo un absurdo en apariencia) la décima, el amor y la Antigüedad grecolatina. Extraña forma de recrear personajes y mitos clásicos sin que pierdan su esencia y lograr integrarlos en un todo donde, además, la glosa señorea en la primera sección, como en el Lamento de Vulcano (dios del fuego y de la fragua):

"Porque va borrando el agua
los despojos de la arena
me precipito en la ajena
luz del lago que desagua.
Haber gestado la fragua
no eterniza lo que anego
si apenas voy cuando llego
de una gloria tan manida,
de poco sirve en la vida
lo que va dictando el fuego."

La intertextualidad en este libro, es elemento sine qua non en la intensidad de la expresión verbal, que sostiene un cuerpo de aseveraciones y juegos semánticos en el

que se mueven magistralmente Martí, Lezama, Sor Juana, Retamar y Pavese, sin olvidar a Frínico, Sófocles y Eurípides.

Libro en el que se funden armónicamente las dos facetas que Horacio, el poeta latino, adjudicaba a la poesía: dulce y útil; esto es, fuente de placer y fuente de saber, a lo que se une un sentido de claridad lingüística que no da paso a las ambigüedades. Recordemos que también la poesía es un acto de comunicación y esto debe cumplirse para que ejerza su efecto benéfico sobre el espíritu. Gleyvis está consciente de ello.

Ahora bien, los libros *Escribir en la piedra* y *Aguardando al guardabosques* son otra cosa. Con ellos nos adentramos en el mundo del verso libre, que sin olvidar el ritmo inherente al género lírico, se desprende de rimas y oropelos para fluir sin rémoras y si en los versos rimados el significado es diáfano, en esto los códigos se hermetizan y desentrañarlos se convierte en tarea casi solo para iniciados.

No obstante, considero que *Escribir en la piedra* es su libro más logrado y por tanto, revela la madurez poética de la autora, donde bullen en un crisol influencias o coincidencias disímiles. Aquí la piedra y desde el propio título, se desdobra en motivo y tema indistintamente. Piedra omnipresente que da pie a la reflexión y a la sentencia. Con ecos bíblicos y reminiscencias del Oriente y también de las grandes culturas clásicas de Occidente, la existencia transita por él con sus miedos, sus temores, sus dudas, sin faltar la añoranza por lo no alcanzado. Se advierten además, indiscutibles ecos loynacianos, sobre todo en poemas como *Cavilaciones de David*:

"Vencí al gigante, pasé del anonimato a la gloria y mi pueblo rindió honores hasta el alba.

Solo después del gentío, me detuve a pensar en el mérito, sin saber si fue mi mano bendecida, si obró un milagro en la honda, en la piedra o en el propio Goliat, tan manso."

Aguardando al guardabosque, con esa sugerente musicalidad de las palabras que lo nominan, es un canto a la sensualidad y al erotismo, pero sin almíbares. Erotismo ríspido, crudo y transgresor, en el que se anudan lo cotidiano, la ironía y los pensamientos no confesados, o ¿es que son estos versos una confesión sin atenuantes?

Poesía, en fin, que sugiriendo y por momentos adoptando un matiz casi narrativo y en otras convirtiéndose en una especie de divertimento con un marcado carácter antitético, aprovecha los pequeños y grandes escollos existenciales y los convierte en materia poética, con un claro sentido vital.

En el caso de Nelson Simón, estamos de igual forma ante alguien en quien la poiesis se bifurca en dos senderos igualmente importantes: poesía y narrativa, de las cuales solamente voy a referirme a la primera, que considero de las dos la más fuerte y parece ser consideración mayoritaria, si tenemos en cuenta que es un poeta multipremiado.

Dentro de su poesía, asimismo, hay dos caminos: uno para los niños (magnífico) y otro para los adultos y es este último el que nos ocupa hoy.

¿Qué encontramos, utilizando un neologismo, en la poesía nelsonsimoniana?

En primerísimo lugar, una honda y angustiosa preocupación existencial que la recorre transversalmente y que da paso a múltiples aseveraciones e interrogantes.

Poesía mayormente desgarradora, en cuya factura se evidencia la homogeneidad, tanto en lo interno como en lo externo; en la composición y en los temas que aborda.

¿Poesía o prosa poética?, ¿o ambas cosas?, no puedo menos que preguntarme. Su lirismo intenso nos lleva a la mejor poesía; el discurso sostenido del hablante lírico nos recuerda la mejor prosa. El desentrañar esta cuestión no es lo más acuciante, pues la respuesta no aportaría nada nuevo a una obra que ha obtenido ya un lugar cimero no solo en la poesía pinareña, sino en la poesía cubana actual. Por tanto, dejo la pregunta en el aire y abierta al lector.

Uno de los elementos que con más fuerza aparece en sus versos es la ciudad; el contexto citadino se reconoce en múltiples poemas (su ciudad, que no otra) y da nombre a todo un libro: Ciudad de nadie.

“Yo era feliz entonces pudriéndome en la ciudad amurallada.”

Se reitera en otros, a la manera de los personajes balzacianos:

“Mi ciudad siempre ha sido exacta y triste como una puesta de sol cuando uno se encuentra lejos de su casa.”

(El peso de la Isla)

La presencia de temas y motivos que la lírica, desde la antigüedad, ha hecho suyos: el amor, el agua, la luz, la espera, la muerte, la soledad, sin olvidar todo el misterio del Oriente, que tiembla en cada página de Los manuscritos de Pink Mountain y que sabiamente, teje tres formas de decir y hacer, semejantes y diferentes: la lírica antigua, la prosa poética de Dulce María Loynaz y estos versos:

“...Noche, guarda para él la gloria de la luz. Que sea la luz misma y tenga sus bondades y misterios. Que sea inapresable y eterna la luz que brota de su cuerpo.

Para mí, deja, si puedes, el oficio de ser sombra y acompañarle por todos los caminos.”

Y para que no queden dudas de que su obra es un todo y de que sus poemas para niños no son ajenos a sus versos adultos, el sujeto lírico de este libro, a la usanza de los cuentos infantiles, es una bruja loca de amor, a pesar de sus fechorías.

Por otra parte, aspecto de sumo interés en su obra poética, es su fuerte y valiente defensa del amor de la pareja, entendido aquí y ahora sin restricciones y que se clarifica sin atenuantes en A la sombra de los muchachos en flor, con el binomio vida-pérdida como hilo conductor y con un carácter eminentemente autobiográfico. Desde el propio título, su vínculo con aquel francés de nombre Marcel Proust, genial renovador de la narrativa del siglo XX, es innegable. Igual que Proust, Nelson trata de recobrar

un tiempo ya vivido y por ende, perdido, haciendo uso de la llamada memoria afectiva.

Vida equivalente a suma de instantes, elaborada a partir de diferentes tópicos extraídos del propio contexto del poeta y su fugacidad, idea que encontramos ya en las más distantes creaciones literarias, como parte de un profundo cuestionamiento acerca de la razón de ser y del destino del hombre, que aún hoy continúan latentes.

No es la de Nelson una poesía ligera y ya lo afirmé al inicio; es poesía honda y reflexiva que aunque en ocasiones se oscurece semánticamente, podemos acceder a su Arcano y el vínculo poeta-lector queda tendido.

En fin, tanto Nelson como Gleivys se insertan, sin lugar a dudas, lingüística y temporalmente, dentro de la nueva línea expresiva, con imágenes novedosas llenas de sugerencias y no dé explicaciones, siguiendo los cánones y la tradición no solo de la mejor poesía, sino de la singular narrativa moderna.

Para ambos, la poesía no es un pretexto, sino una actitud bien seria ante la vida. Para los dos ser poetas, es volcarse con plenitud alma por delante, en ese mundo inagotable y eterno de la lírica que queda muy en alto con sus obras, porque son y serán, poetas de siempre.